

tismo y su celo revolucionario. Mirábase como el fautor de la teofilantropía á uno de los directores de estos tiempos, el cual en un discurso que pronunció en el Instituto, á 1^o de mayo de 1797, no tuvo ningun empacho en dejar traslucir su encono y desprecio del catolicismo, y su deseo de reemplazarle con un simulacro de religion. Favorecian los agentes del gobierno esta nueva secta solo para lisonjearla, y un ministro remitia gratuitamente á los departamentos el *Manual de los teofilántropos*. Concedíanse fondos para subvenir los gastos de este culto, y hasta se ha pretendido que pagaba el Directorio á algunos individuos á fin de que asistiesen á las ceremonias. En algunas ciudades, tambien se quiso establecer la teofilantropía; mas aquellos ensayos no fueron felices. Habiendo el director perdido su puesto, cayó la obra. A fines de 1799, los teofilántropos, ya reducidos á muy pocos en París, se restringieron á cuatro iglesias, que poco despues abandonaron tambien, pues sus reuniones desiertas, no atraian á nadie. El atractivo de la novedad habia pasado, y su religion acabó sin ruido, teniendo apenas cinco años de existencia.

1797.

— El 19 de febrero, tratado de Tolentino entre el Papa y el gobierno francés. En el estado en que

se hallaban las cosas, un incidente vino á decidir la crisis. El cardenal Busca, nuevo secretario de Estado, escribia al nuncio en Viena, y le manifestaba sin disfraz su poca inclinacion á los Franceses, y la esperanza que tenia de que el emperador vendria al socorro del soberano Pontífice. Esta carta cayó en manos de los Franceses, y vino á ser la señal de una nueva guerra. El 1^o de febrero de 1797 se declara el rompimiento del armisticio, y el ejército francés marcha contra el Estado de la Iglesia. Se apodera corriendo de Imola, de Forli, de Cesena, de toda la Romania, del ducado de Urbino, de la Marca de Ancona, y llega el 17 de febrero á Tolentino. El santuario de Loreto es saqueado, la mitad de los Estados de la Iglesia invadidos, Roma queda en el mayor espanto. En este estremo, el general Bonaparte, á quien mayores intereses llamaban á Alemania, y que poco antes habia asegurado que *queria ser mas salvador de la cabeza de la Iglesia, y de estos bellos paises, que su destructor*, el general Bonaparte propone una negociacion, que es aceptada con reconocimiento. El cardenal Mattei, arzobispo de Ferrara, de quien hacia aprecio el general francés, es enviado cerca de él con otros tres plenipotenciarios. La victoria por una parte, el terror por otra apresuraron el acomodamiento. El Papa fué condenado á pagar treinta y un millones, suministrar seiscientos caballos equipados, dar una pension á la familia Basseville, perder las tres legaciones de Bolonia, Ferrara y Ravena, y recibir

guarnicion francesa en Ancona. Este tratado salvaba á Roma, pero ponía á Pio VI en los mayores embarazos. Estaba sin dinero, y se vió obligado á recurrir á los últimos medios. Dominaba ya en el pueblo el descontento, y se acrecentó mas : formábase en la ciudad un partido de patriotas, é insultaba la debilidad del gobierno. Las murmuraciones, los carteles sediciosos, los corrillos, anunciaban la audacia de los rebeldes. Temía el Pontífice, comprimiéndolos, llamar sobre sí la animadversion del Directorio, que no hubiera dejado de quejarse de que se oprimía á los patriotas. En estos trances y estas alarmas pasó el año de 1797. Fué acometido de una enfermedad tan grave, que se ocupaban ya en la eleccion de su sucesor, y no se restableció sino para ver caer sobre sí mayores desgracias.

— El 24 de junio, proceso en el tribunal *del banco del rey* en Londres, contra la *Edad de la razon* de Tomas Payne. Si por una parte ofrece la última mitad del siglo en Inglaterra un número menor de escritores declarados contra la revelacion, por otra presentan estos un caracter particular que no les volviera menos á propósito para introducir la seducción en todas las clases. Hume y Gibbon habian pervertido la historia, esto es el género de obras que está mas al alcance del público y que en efecto se leen mas. El doctor Toulmin, médico, habia predicado el ateismo con toda su grosería en una obra titulada la *Antigüedad del mundo*, obra

llena de arrogancia y digna de desprecio, como ha dicho Kippis. Tambien se esforzó Hollis en dar algunas apariencias de bondad al escepticismo, pero sin apoyarse en ningun argumento razonable. Las cartas del conde de Chesterfield, dadas á luz en 1774 contra los deseos del autor, ó por lo menos sin que lo supiese, habian hecho una desagradable impresion, enseñando sustituir las gracias á las virtudes, las comodidades á la moral, la política á la amistad, y la benevolencia aparente á la verdadera religion. Bosquejaban el vicio con tintas muy atractivas y pusieron en boga entre las gentes de tono no sé qué especie de gerga, por medio de la cual se confundia la frivolidad con una sensibilidad afectada y se perdonaba fácilmente un vicio con tal que se ocultase debajo de formas agradables. Ya no faltaba sino introducir la irreligion en las clases inferiores y encargóse de este empeño Tomas Payne, republicano, ó mejor demagogo ardiente, el cual mereció un asiento en la Convencion nacional de Francia, y no abundaba en ideas mas sanas en religion que en política. Ya se habia dado á conocer por sus *derechos del hombre*, obra que parecia una provocacion contra todas las sociedades, y que habia escitado efectivamente entre el pueblo de Inglaterra una peligrosa fermentacion, no reprimida sino por los conatos del gobierno. Mas no se contentó con ser el apostol de la insurreccion puesto que quiso serlo tambien de la impiedad, y en 1793 dió á luz en Francia, donde se

hallaba á la sazón, la primera parte de la *Edad de la razon*, folleto que repetía con un lenguaje grosero las objeciones tan frecuentemente rebatidas de los deístas ingleses. Todo el objeto de esta obra se reducía á propagar el deísmo, siendo el principio fundamental del autor que el libro visible de la naturaleza era la única revelación. En 1795, publicó la segunda parte de su *Edad de la razon*, donde atacó la sagrada Escritura con mucha más virulencia. Aunque fuese de lo más débil el temple de sus armas, la manera con que las manejaba el autor podía ilusionar á los incautos, y por eso muchos anglicanos se creyeron obligados á rebatir á ese ignorante y absurdo enemigo del cristianismo. Descolló entre estos Watson, obispo de Landaff, haciendo la apología de la Biblia en una infinidad de cartas dirigidas á Tomas Payne, obra, según dice cierto crítico, en que brillan á la vez el talento, los conocimientos, la exactitud y la imparcialidad. Mas no creyó el obispo todavía haber hecho todo lo que debía hacer, y pensando que el interés de la sociedad estaba en reclamar la represión de los libelos contrarios al buen orden, denunció las dos partes de la *Edad de la razon* al ministerio público. Como se hallase ausente el autor no se le pudo encausar y en su ausencia tuvo que presentarse en el tribunal *del banco del rey* el impresor Williams. El célebre Erskine pronunció con motivo de esto, un discurso que hace todavía honor á sus sentimientos y elocuencia, tributando

en él al cristianismo un brillantísimo homenaje, y demostrando la tendencia perniciosa de los principios que Payne sostenía. Oído este discurso, y el del lord Kenyon, presidente del tribunal, el cual habló en el propio sentido, el jurado declaró culpable á Williams. Y púsose tanto más empeño en imprimir el sello del desprecio público á la *Edad de la razon*, cuanto más se asociaba este folleto, aunque miserable en sí, al plan formado para derribar el gobierno constituido y la religión reinante. Tiempo hacía que alimentaba la Inglaterra un partido favorable á la libertad popular y opuesto á la tranquilidad pública, y este partido, que hasta entonces no había acarreado ningún peligro al país, parecía que iba adquiriendo fuerza y actividad, á medida que se iban exaltando los ánimos en un reino vecino; de aquí es que se celebró en Londres y en la Gran-Bretaña con una efervescencia de alegría, el 1º de noviembre de 1788, época centenaria de la revolución de 1688. Algunos sermones políticos pronunciados á la sazón predicaron abiertamente los principios que se empezaban á derramar por el continente. Las diferentes épocas de la revolución francesa exaltaban en Inglaterra las cabezas del partido patriótico, el cual aplaudía nuestras locuras, decorándolas con los más pomposos nombres, y dándonos el para bien por una libertad, cuyos primeros albores nos habían costado tanto. Poco á poco se fueron engrosando y estrechándose más los amigos de la libertad, cuyos pro-

gresos se manifestaron por medio de reuniones tumultuosas, y folletos incendiarios. Un decreto, dado á 21 de mayo de 1792, prohibió unos y otros, mas este decreto no consiguió sino poner algo mas de reserva en el partido. Organizóse una sociedad bajo el título de *Sociedad correspondiente de Londres*, la cual efectivamente estaba en relacion, ya con la sociedad de los Irlandeses-Unidos, ya con los jacobinos de Francia. Estendiéronse sus relaciones por la Inglaterra, siendo Londres, Manchester, el condado de Lancastre, Edimburgo y Glasgow los parages en que contaba mayor número de miembros. Repartian con profusion por el campo y los talleres los escritos de Payne y los folletos revolucionarios, y prosiguieron en sus manejos hasta 1798, en cuya época tomó el gobierno inglés contra ellos medidas vigorosas. El ejemplo de Irlanda le puso sobre sí acerca del peligro y de los proyectos de estas tenebrosas sociedades. Pendióse á muchos de sus mas activos corifeos, y se vieron obligados los descontentos á aplazar la ejecucion de sus designios. Tambien se persiguió ahinadamente á algunos escritores y especialmente á Gilberto Wakefield, el cual se habia tomado la libertad de refutar una *esposicion á los Ingleses*, de Watson, obispo de Landaff, en la que exhortaba este prelado á sus conciudadanos á fin de que permaneciesen fieles al orden establecido. Wakefield echaba invectivas contra el gobierno con esa arrogancia y esa acrimonia á que se habia ya acostum-

brado. Su folleto podia muy bien pasar plaza de manifiesto; prendióse al autor de por junto con su impresor, y fueron conducidos al tribunal *del banco del rey*. Poco parece que cuidó el primero de templar la prevencion de sus jueces, puesto que en un discurso violento soltó tambien palabras injuriosas contra ellos y el ministerio inglés. Condenáronle, á 30 de mayo de 1799, á dos años de carcel, y á prestar caucion cuando saliese. Hallárase sin duda muy templada semejante pena, cuando se sepa que su folleto invitaba formalmente á los franceses á que fuesen á invadir su pais en número de cincuenta mil, y exhortaba á sus compatriotas á que no hiciesen en tal caso la menor resistencia. Mas lo que se hace mas digno de observacion, es que el mismo partido agitado, para promover una revolucion en Inglaterra, proyectaba promover otra en la religion y conmover, por medio de ella, á la vez las bases del edificio político y moral. Poníase á discusion los fundamentos de la sociedad á par de los principios esenciales del cristianismo, en cuyo género de discusiones descolló un ministro presbiteriano publicando los mas osados escritos. El doctor José Priestley aspiraba á la gloria de hacer descubrimientos en la religion, iguales á los que habia hecho en la química. La lista de sus obras es menor que la de sus paradojas, y en sus *Investigaciones acerca de la materia y del espíritu* profesa desembozadamente la materialidad del alma humana. En esta obra, en tanto que

admite Priestley la revelacion, en tanto que se da por su padrino, le está descargando los mas pesados golpes. Gradua nuestros principales dogmas de corrupciones introducidas á beneficio de la ignorancia, ó de la filosofia oriental, y pretende espurgar el cristianismo de sus superfetaciones dañosas. Cuenta en el número de estas corrupciones la doctrina de la Trinidad, la divinidad de Jesucristo, ó su milagrosa concepcion, y la aplicacion de sus méritos á la redencion del género humano. Sostiene ademas, que los primeros cristianos no admitieron la preexistencia del Salvador. Claro está que semejantes ataques no podian subsistir sin contestacion; de aquí es que el doctor Horsley, obispo que fué despues, tomó á su cuenta la defensa del cristianismo, y desde entonces se estableció entre este escritor y Priestley una controversia, en la cual dió pruebas el primero, como lo confiesan los mismos partidarios del segundo, de mayor vigor y de conocimientos mas profundos. Por lo demas, Priestley no se daba por satisfecho, predicando el unitarianismo, puesto que quiso erigirle en culto; y rechazó la liturgia presbiteriana, sentando la introduccion de otra apropiada á su sistema antitrinitario; en cuyo sentido redactó algunas fórmulas de plegarias y oficios. Largos años le ocupó su controversia con Horsley, á mas de la cual sostuvo otra acerca de la libertad y de la necesidad de las acciones humanas. No contento aun, publicó una obra periódica, la cual debia de

ser una especie de depósito, donde se irian á encerrar todos sus nuevos descubrimientos en asuntos de religion, y exhortó públicamente á todos los amigos de la verdad á que le mandasen sus investigaciones. Al mismo tiempo escribia este hombre incomprendible á los judíos para inducirlos al reconocimiento de Jesucristo, y á los filósofos franceses con el objeto de inculcarles la necesidad de una religion. En una carta á un incrédulo contestaba á algunos pasages de Gibbon y en otro escrito refutaba á Volney y á Dupuis. Todos los años veia la luz pública alguna composicion de este escritor extraordinario, el cual con una mano destruia la revelacion y la defendia con la otra. En uno de sus últimos escritos pronosticaba á los judíos su cercano regreso á la Palestina. Desgraciadamente este escritor levantó una escuela; el espíritu de la investigacion y de la discusion se hizo de moda y cada uno se creyó con derecho á sujetar á nuevo examen lo que hasta entonces se habia tenido por incontestable; decididos ya á no dar su aprobacion sino á lo que les pareciese estar de acuerdo con sus luces ó sus preocupaciones. Distinguiéronse con especialidad los disidentes en este género de examen, contando entre ellos un número considerable de partidarios de ese sistema designado con el nombre de *cristianismo racional*, cuyos principales fautores de esta especie de deismo eran Kippis, Pringle, Hopkins, Enfield y Toulmin. En el propio sentido escribia Wakefield, atacando tan pronto la

necesidad del bautismo, tan pronto la divinidad de Jesucristo y el culto público. Ashdowne sostuvo que la opinion que considera el demonio ó Satanás como un angel caido que tenta á los hombres, no tiene ningun fundamento en la escritura, y que es una alteracion introducida por medio de la filosofía oriental. Pretende Farmer que los demoniacos del evangelio no eran otra cosa que locos ó enfermos; Taylor gradua de apóstatas las iglesias de oriente y occidente, y aunque anglicano, juzga tambien como corrupciones verdades capitales y los usos mas constantes de la disciplina: Bell y Temple redujeron la comunión á una ceremonia puramente exterior; Chauncey, de Boston, combatió el pecado original: Lindsey, Disney, Toulmin (Joshua) propagaban con celo la doctrina antitrinitaria. Kippis, mas literato que teólogo, y unitario declarado, sembraba diestramente sus ideas en la *Biografía británica*, en el *Nuevo registro anual*, en la *Revista del mes* (Monthly review) y en otras obras literarias. Del mismo modo prevaleció esta libertad de pensar en la Iglesia anglicana, cuyo clero se dividió en *clero moral* y *clero evangélico*. Fellowes, perteneciente al primer partido, quiso que se quitasen de la enseñanza todos los misterios, y graduaba sin ningun empacho de ficcion absurda el pecado original. Segun su sistema, no hay ningun disidente que no pueda firmar los XXXIX artículos, siendo cada uno libre de interpretarlos como le dé la gana. Newcome, arzobispo de Ar-

magh, tan sabio por otra parte y tan versado en la literatura bíblica, hizo una crítica escesiva de la sagrada escritura en sus investigaciones sobre esta materia, y supuso que se habian introducido en ella graves y multiplicadas alteraciones, todo lo cual tomó á su cargo refutar el obispo Horsley. Wendeborn en su *Ojeada sobre la Inglaterra á fines del siglo XVIII*, observá que casi todos los mas célebres antitrinitarios habian seguido sus estudios en Cambridge. Asegura el ministro Stone que si se llama *dissenter* al que no admite tal ó cual artículo, no sabe donde hallar un solo miembro verdadero de la Iglesia anglicana. Otro anglicano, Shepherd, es de parecer que se pueden firmar los artículos sin aprobarlos todos. Pretyman, obispo de Lincoln, atestigua altamente su repugnancia relativa á las cláusulas damnatorias del símbolo de san Atanasio. De esta manera estendió sus estragos por todas las sectas establecidas en Inglaterra esa libertad ilimitada de pensar. ¿Y en semejante estado de cosas se estraña que haya la incredulidad echado tan profundas raíces en dicho pais? ¿No era naturalísimo que los legos siguiesen el ejemplo de los sacerdotes? ¿Habia de manifestarse mas adicto á la fe, el rebaño que su pastor? Despues de haberse precipitado de errores en errores ¿no se debia llegar al cabo por una tendencia desgraciadamente demasiado conocida á un sistema que es el complemento de todos los estravios? Cierta autor á quien tenemos á la vista, advierte que los